

INTRODUCCIÓN



La historia de la Biblioteca Nacional es emblemática y, en cierta medida, síntesis de la historia de nuestro país. El 30 de noviembre de 2017 se cumplieron 150 años de su creación y 50 del establecimiento del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y, dada la importancia de estos aniversarios, fue planteado el proyecto “Siglo y medio del patrimonio bibliográfico. A 150 años de la Biblioteca Nacional de México y 50 del Instituto de Investigaciones Bibliográficas”.

Para atender este propósito fue constituida una comisión que organizó el Programa general de la celebración. Esta doble conmemoración consideró lo siguiente: la exposición y mesas redondas “Tradición de tinta, del siglo XVI al XXI”, montada con la participación de las tres áreas cronológicas de investigación; las XIX Jornadas Académicas conmemorativas, que con el título de “Pasado, presente y futuro de la Bibliografía Mexicana” nos permitieron reflexionar sobre el devenir de esta disciplina y su problemática, así como acerca de los procesos técnicos y servicios de la Biblioteca y Hemeroteca nacionales; un homenaje al primer director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, doctor Ernesto de la Torre Villar, en el centenario de su nacimiento; un Concierto Conmemorativo con obras inéditas y de estreno mundial; el documental *La Biblioteca Nacional de México. Las dos caras de Jano*, producido con el apoyo de TVUNAM; el monólogo biográfico de un bibliotecario, titulado *Conferencia sobre la lluvia* de Juan Villoro, montado por la Compañía Nacional de Teatro; la publicación de dos libros: *Bienes comunes. 150 años de la Biblioteca Nacional de México en 150 objetos*, en el que contribuyeron miembros de la comunidad, y *La Biblioteca Nacional de México, 1822-1929*, de la investigadora Sofía Brito; y la edición de este número especial del *Boletín del Instituto* en el que investigadores, técnicos académicos, trabajadores y amigos de la entidad participaron con las semblanzas de quienes brindaron diversos servicios e hicieron valiosas aportaciones.

El volumen se divide en tres apartados: 1) Directores de la Biblioteca Nacional y del Instituto de Investigaciones Bibliográficas; 2) Bibliógrafos distinguidos antes de la creación del Instituto; y 3) Personal académico del IIB en el cual se agrupa, en una primera parte, a los investigadores fundadores.

De acuerdo con esta distribución, las primeras semblanzas corresponden a nueve exdirectores: Enrique Fernández Ledesma, Aurelio Manrique Jr., José Vasconcelos, Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno, Manuel Alcalá Anaya, Ernesto de la Torre Villar, María del Carmen Ruiz Castañeda, Ignacio Osorio Romero y José G. Moreno de Alba; el segundo apartado abarca el periodo de 1929 a 1967 y está formado por los trabajos que corresponden a 12 distinguidos bibliógrafos que hicieron diversas aportaciones a la Biblioteca Nacional, antes y durante el momento de la creación del actual Instituto de Investigaciones Bibliográficas: David N. Arce, Rafael Carrasco Puente, Gloria Escamilla González, Guillermo Fernández de Recas, Jorge Gurría Lacroix, Roberto Heredia Correa, Juana Manrique de Lara Macías, José Ignacio Mantecón, Agustín Millares Carlo, Francisco Monterde, Manuel Antonio Solórzano Fernández y Germán Viveros Maldonado. El tercer bloque, que cubre las cinco décadas de 1967 a 2017, agrupa a los seis investigadores que fundaron el actual Instituto: Irma Contreras García, Arturo Gómez Camacho, Gloria Grajales Ramos, Roberto Moreno de los Arcos, Ernesto Mejía Sánchez y José Quiñones Melgoza, más 27 ensayos sobre diversos compañeros que laboraron en la entidad. En suma, el volumen contiene 54 semblanzas que constituyen una memoria colectiva del que llamamos indistintamente “San Agustín” o “IIB” o “Biblioteca Nacional”.

Dentro de la notable “variedad de perfiles de investigación y personajes que desde el interior de dichas instituciones forjaron la bibliografía, hemerografía e historia del libro” —como señala Manuel Suárez Rivera— destaca Enrique Fernández Ledesma, a quien Pablo Mora identifica así:

ejemplo del literato, bibliófilo e historiador que como pocos cultivó y difundió la cultura del libro en todos los sentidos porque supo conjurar la importancia del impreso desde sus múltiples virtudes, a saber, desde la belleza material con sus tipos en relieve por las prensas o la encuadernación

bajo guardas custodiadas por exlibris, un valor al que sumó la rehabilitación literaria de sus contenidos a través de los documentos y objetos.

Por su parte, Vicente Quirarte aprecia en don Ernesto de la Torre al perfecto bibliógrafo: “Se emocionaba como niño hasta en el más humilde puesto de libros de segunda, donde, con ojo educado, sabía localizar la joya ignorada por otros... Su vida y su obra fueron las de un hombre feliz porque se dedicó a fomentar el conocimiento en los otros. Cada una de sus páginas es una búsqueda de la luz hacia el desciframiento de la criatura humana”. Y las anécdotas de Francisco Monterde que cuenta José Martínez Torres permiten acercarse al apasionado crítico e historiador de la literatura que fue Monterde, cuyos seudónimos “El duende de la biblioteca” y “Martín el bibliógrafo” revelan su interés por los libros y las bibliotecas.

Entre las mujeres que han puesto de relieve el trabajo del bibliotecario está Juana Manrique de Lara, como advierte Rosario Suaste al observar que:

Entre su producción escrita se encuentran textos como el *Manual del bibliotecario mexicano*, obra indispensable en la formación de varias generaciones de bibliotecarios, y *Bibliotecas escolares y literatura infantil*, documento en el que podemos observar sus ideas sobre la organización y las colecciones que deben tener las bibliotecas [...] No se puede pasar por alto su reflexión acerca de que la misión del bibliotecario consiste en acercar el libro al pueblo para mejorar su cultura y que para ello es necesario que cuente con una amplia cultura, una sólida instrucción, una disciplina espiritual y el conocimiento de al menos una lengua viva, así como el trato amable y cordial para atraer a los lectores.

Alejandra Vigil resalta la forma en la cual Gloria Grajales fue nombrada investigadora del recién creado Instituto de Investigaciones Bibliográficas y designada jefa de la sección de manuscritos en 1970, y resume los valiosos trabajos bibliográficos que publicó.

Timbre de orgullo de la Biblioteca Nacional y la Universidad es haber contado con la presencia de latinistas como Agustín Millares Carlo, autor de la *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas*, español de

Canarias que José Pascual Buxó califica como “un polígrafo excepcional y uno de los intelectuales más sabios y laboriosos del exilio republicano español en México” y sobre quien añade que “resultaría excesivamente prolijo resumir en este corto espacio los rasgos más sobresalientes de su infatigable labor; únicamente evocaré —en auxilio de los más jóvenes— sus impagables contribuciones en los vastos territorios de la bibliografía y de sus disciplinas afines: la paleografía, la diplomática, la historia y la crítica literarias, y la edición de textos”.

Muy cercano a Millares Carlo fue José Ignacio Mantecón, otro eminente bibliógrafo de origen aragonés que llegó a México con el exilio español; asegura Alejandro González Acosta que:

Entre las numerosas obras sociales y educativas que desarrolló Mantecón, ya en México, se encuentra la fundación del memorable Instituto Luis Vives, donde compartió labores con el canario Millares Carlo, de lo cual brotó su primer fruto en mancuerna, el *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII* [...] que continúa siendo un manual de gran utilidad y vigencia, el cual dio paso a muchas más obras.

De acuerdo con los últimos renglones, otro investigador de ese grupo que llegó de Nicaragua para profundizar en la obra de Rubén Darío y se convirtió en editor erudito de las obras de Alfonso Reyes, fue Ernesto Mejía Sánchez; Laurette Godinas resume su trayectoria como crítico y profesor que formó estudiantes en literatura iberoamericana en nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

José Quiñones refiere cómo Irma Contreras, fundadora del Instituto como él, mediante su esfuerzo y dedicación, “se consolidó como pilar importante de la bibliografía nacional, de la literatura y de todo lo que rodeaba la figura de Manuel Gutiérrez Nájera”. César Manrique recuerda al bibliógrafo latinista Jesús Yhmoff Cabrera, dedicado al estudio de los fondos antiguos de la Biblioteca Nacional, particularmente de la colección de incunables, y autor del valioso *Catálogo de los impresos europeos del siglo XVI que custodia la Biblioteca Nacional de México*.

Pasan revista por las páginas de este ejemplar conmemorativo algunas de las personas que compartieron sus conocimientos y habilidades, adscritos a los departamentos de Procesos técnicos, Adquisiciones,

Servicios, Restauración, Conservación y a diversas áreas que en conjunto permiten que la Biblioteca y Hemeroteca nacionales cumplan sus funciones. Son recordados Manuel Antonio Solórzano Fernández, como primer responsable del Departamento Tiflológico; Liborio Villagómez, amoroso curador de las colecciones del Fondo Reservado; María Teresa Rogerio y Aurora Juárez, expertas en catalogación de la Hemeroteca y Biblioteca, respectivamente; Jorge Salas, coordinador del primer grupo de técnicos restauradores; Samuel Brena y Miguel Ángel Farfán, comprometidos con la vinculación de los procesos y servicios de la Biblioteca Nacional.

En lo que toca a las labores de investigación, quedan las trayectorias y las obras de Luis Mario Schneider, María del Carmen Ruiz Castañeda, Ignacio González-Polo, María Teresa Camarillo, Margarita Bosque, Silvia González Marín, Aurora Cano y Francisco Ziga, producidas con el apoyo experto de técnicos académicos como Martha Celis, Jorge Guerra, Sergio Márquez, Octavio Gordillo y Susano Espinosa, entre otros.

Consideraba yo en las primeras líneas que la historia de la Biblioteca Nacional refiere a la historia de México, y creo que podría afirmar que la memoria del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* da testimonio de sí a lo largo de las tres épocas que ha conocido, pues constituyen el registro de una labor sistemática desarrollada en 50 años.

Este número especial del *Boletín* contiene memorias de bibliofilia, esa pasión —o enfermedad— que se adquiere y contagia como resultado del trato cotidiano con los libros, y que terminan por padecer quienes dedican su vida a servir en una biblioteca. Sin duda, la lista de esas personalidades que han formado parte de la Biblioteca Nacional es considerablemente más extensa, y ni qué decir de la de los miembros del personal académico del IIB; por tanto, quedan muchas historias que contar: confiamos en poder hacerlo en un futuro.

Agradezco el entusiasmo y apoyo decisivo de quienes hicieron posible este número: al director del IIB, doctor Pablo Mora, a los integrantes del Consejo Interno, investigadores Vicente Quirarte, Roberto Sánchez, Irma Lombardo y María Andrea Giovine, técnicos académicos Antonio Salazar, Ángel Villalba y Aurora Serrano; a Ana María Romero que apoyó la coordinación general del volumen; a Laurette Godinas y Alejandro González Acosta, por sus atinadas opiniones; al Departamento Editorial bajo la responsabilidad de Hilda Leticia Domínguez; a Yael Coronel y Leonardo

Hernández, por el diseño y la formación del *Boletín*, respectivamente; a Hilda Maldonado por la edición de imágenes; a María Fernanda Baroco Gálvez y Alicia Flores Ramos por la corrección de estilo, y a María Bertha Guillén por la última revisión y el cuidado editorial; a Cynthia Salas por su ayuda siempre oportuna. Destaco asimismo la participación de Aurora Serrano y Laurette Godinas en la compilación y ordenamiento de los textos; pero, sin duda, la colaboración que merece mi mayor agradecimiento es la de todos los colegas de ayer y hoy que escribieron las semblanzas que honran la memoria de la comunidad académica del IIB.

Miguel Ángel Castro,
Secretario Académico
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Biblioteca Nacional / Hemeroteca Nacional